

# ED MCBAIN



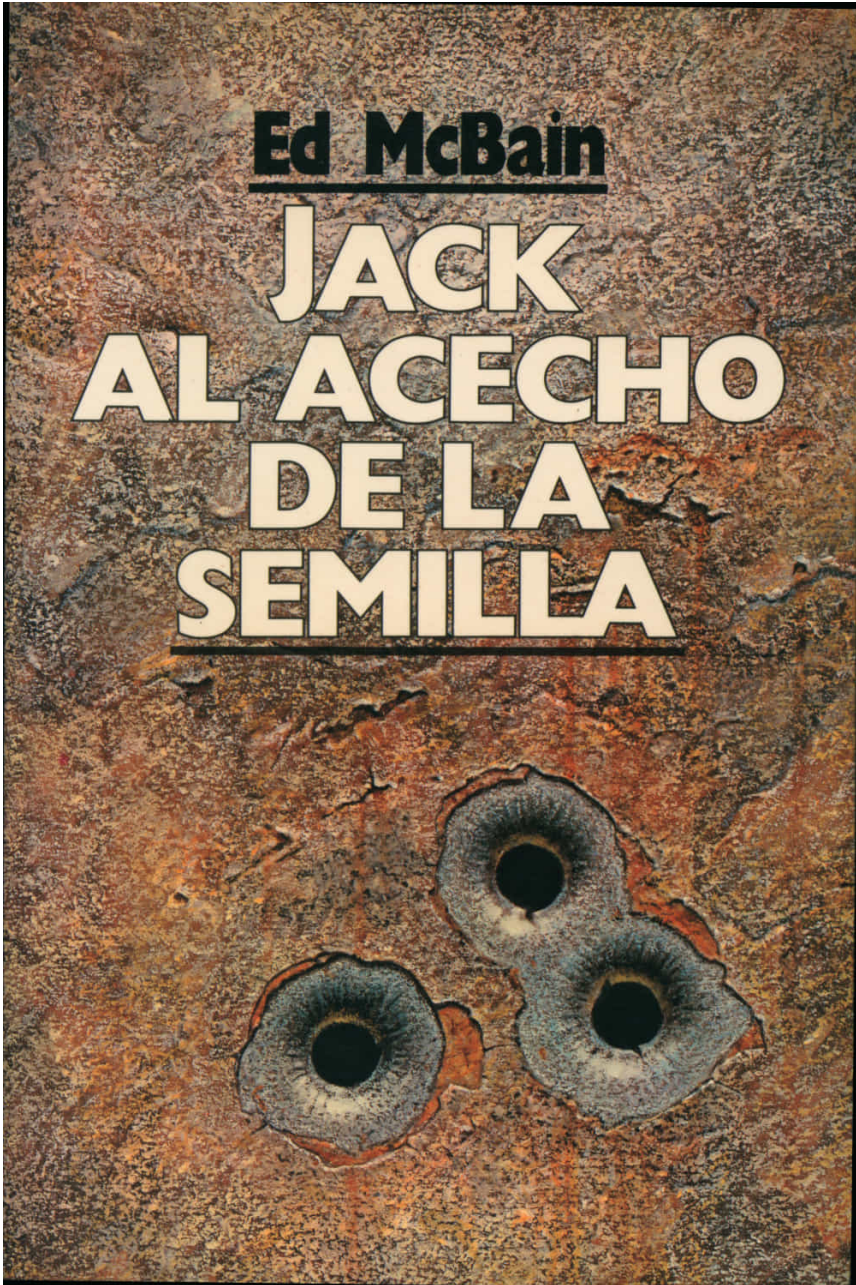
## JACK

AL ACECHO DE  
LA SEMILLA

Jack McKinney es un joven ambicioso de 20 años que está en el negocio de adquirir una granja de legumbres por 40000 dólares en efectivo, y el abogado Matthew Hope lo está asistiendo con el trato, hasta que Jack es encontrado muerto en su departamento, apuñalado 14 veces.

El vendedor de la granja quiere sus 40000 dolares ya, pero nadie puede encontrar el dinero. Y cuando Matthew hace una visita al rancho McKinney, obtiene más de lo que había acordado. La madre de Jack, Veronica es una mujer que aparenta la mitad de su edad, con fríos ojos grises que se ajustan a la ambivalente actitud hacia la muerte de su hijo. Lo único más peligroso que Veronica es su hija Sunny, la viva imagen de su madre, poseedora de una agresiva personalidad. Todos parecen tener una teoría de dónde se encuentra el dinero perdido, pero sólo Matthew es la persona capaz de llegar al fondo de este desastroso trato.

La cuarta entrega de Los misterios de Mathew Hope escrito por Ed McBain «Jack al acecho de la semilla» lleva a nuestro abogado a un mundo de gente sórdida, tratos agrios, y una familia caída en desgracia.



En el prolongado número de novelas que integran la saga de Ed McBain pone al descubierto la vida del imaginario barrio de Isola en una in-nominada megalopolis perfectamente identificable con la ciudad de Nueva York. Isola corresponde a Manhattan del mismo modo que Calm's Point, Majesta y Riverhead equivalen a Staten Island, Greenwich Village y el Bronx. McBain no quiso utilizar los nombres reales de cada lugar para evitar inexactitudes en cuanto a reglamentos y procedimientos y a la vez para concederse una cierta libertad literaria en el tratamiento de la problemática urbana. Porque la ciudad juega un papel destacadísimo en las historias del Distrito 87. Los ambientes, los paisajes y los problemas ciudadanos se colocan en primer plano alcanzando caracteres protagónicos hasta llegar, en ocasiones, a eclipsar a las personas. Por eso, aun cuando los relatos de McBain son indudablemente novelas policíacas que siguen el clásico esquema del enigma, añaden siempre a éste la visión de una parcela de la realidad plasmada con frecuencia en los interrogantes sociales que derivan de los latidos de la ciudad, con el indudable resultado de una mayor comprensión hacia los seres desgraciados que se ven impelidos al delito por los condicionamientos que la gran urbe les impone.

Salvador Vázquez de Parga

## ED McBAIN SEGÚN SALVADOR VÁZQUEZ DE PARGA

### Las novelas de policías

*Desde el nacimiento de la novela policíaca los detectives privados —aficionados o profesionales— y los detectives oficiales —integrados en cuerpo policíaco— se repartieron amistosamente los papeles para investigar crímenes y resolver misterios. Al principio las diferencias entre unos y otros no eran excesivamente notorias. El caballero C. Auguste Dupin y sus epígonos los investigadores aficionados solían ser personas cultas y educadas que distraían sus ocios ejercitando la razón para ayudar a la policía en su función justiciera. Lecoq y sus sucesores policías eran funcionarios excepcionales, a menudo aristócratas, que por hacer algo en la vida habían ingresado en el cuerpo para poder ejercitar libremente sus facultades intelectuales. La detección, para todos ellos, era un puro entretenimiento del mismo modo que para los lectores seguir sus peripecias, leer novelas policíacas, era adentrarse en un distraído pasatiempo racional sin demasiadas complicaciones.*

*Con los detectives privados profesionales solía ocurrir algo distinto. La investigación se había convertido para ellos en un trabajo remunerado que les obligaba a rivalizar educadamente con la policía a través de una relación especial que fluctuaba entre la burla y la colaboración según sus intereses. Sherlock Holmes, por ejemplo, se burlaba a menudo del inspector Lestrade, pero procuraba no dejarlo en ridículo públicamente para evitar que los ciudadanos per-*

dieran la confianza en una institución destinada a protegerles. Con esta actitud se mostraba ya en la novela policíaca antigua una especie de desconfianza hacia las fuerzas del orden al no considerarlas plenamente capaces de realizar correctamente su cometido si no era mediante individuos excepcionales o con el apoyo de personas privadas extrañas al cuerpo.

La situación de la policía cambió radicalmente con el nacimiento de la corriente policíaca americana que se ha dado en llamar novela negra. El realismo crítico que esta tendencia comporta se revolvía contra la institución policial que, como integrante del aparato del estado, solía ser objeto de los más punzantes dardos de los escritores policíacos, bien porque la consideraban blanda e insuficiente para repeler la criminalidad (caso de Mickey Spillane y sus seguidores), bien por parecerles un organismo corrupto al servicio de los poderosos (caso de la mayoría). La policía, de este modo, no salía muy bien parada de los relatos policíacos de la época, aunque nunca dejaba de presentarse un agente, un policía, particularmente honrado que luchaba impotente entre las órdenes de sus superiores y la llamada de su conciencia para terminar por auxiliar con las armas oficiales al héroe de turno, a espaldas de los magnates de la política cuyas iras indefectiblemente descargaban sobre el policía disidente. La imagen de la policía como cuerpo del estado quedaba así muy deteriorada en estos relatos cuyo protagonismo había de recaer en un investigador privado, detective, periodista, abogado o simple interesado, cuando no en seres desgraciados oprimidos por la presión social, víctimas fáciles de la injusta violencia policial. El detective privado precisamente, héroe de innumerables novelas policíacas americanas, es el tributo que el realismo crítico hubo de pagar a la fantasía, porque ni siquiera en Estados Unidos los detectives privados se dedicaron de modo directo a la investigación de delitos, motivo por el que los escritores se veían obligados a conducir a su detective al encuentro del

*crimen a través de un camino, a veces largo e intrincado, que empezaba en un asunto rutinario.*

*El investigador privado, pues, movido siempre por intereses personales, intentaba resolver un misterio y al final lo conseguía, chocando inevitablemente con la infranqueable barrera de las fuerzas del orden, teóricamente destinadas a alcanzar el mismo objetivo. De este choque nació una proverbial rivalidad encaminada a menudo a encubrir la ineptitud, cuando no la corrupción, de la policía norteamericana a la vez que ponía de relieve la ilegalidad de los métodos utilizados por el investigador privado que, por culpa de la policía, no tenía a su alcance los medios oficiales para perseguir el crimen.*

*Mientras esto ocurría en América, en Europa el comisario Jules Maigret, de la mano de Georges Simenon, consiguió humanizar el concepto público de la policía al descubrir los sentimientos de sus miembros no sólo con relación a los problemas profesionales sino también respecto a su vida familiar y privada, e incluso con referencia a la institución policíaca en sí, cuyos defectos no dejaban de denunciar los propios policías como directamente afectados por ellos al hallarse en una situación intermedia entre el poder público y los ciudadanos beneficiarios del servicio policial.*

*Pero también en América, donde el detective privado estaba declinando hacia la figura del justiciero fuera de la ley, se hacía preciso reivindicar la fama de la policía. Lawrence Sanders, con su novela *Five Victims*, abrió la brecha en 1945 inaugurando la corriente «Police Procedural» donde paso a paso se seguía la actuación del equipo policíaco para la averiguación de un crimen desvelando los métodos y procedimientos adoptados para ello. Pero sin duda quien más contribuyó a restablecer la confianza en las fuerzas del orden fue Ed McBain con la serie «Distrito 87» que desde 1956 se ha prolongado hasta la actualidad no sólo reproduciendo los métodos policíacos —que anecdóticamente también se exponen— sino aportando a la policía un poco*

de calor humano para contrarrestar la idea pétreo y negativa que de ella había propagado la novela violenta americana a través de la actuación proverbial de los detectives privados, enemigos naturales suyos. Claro que para ello Ed McBain hubo de buscar unos policías modélicos, honrados, incorruptibles, cumplidores del deber, comprensivos y humanos, y evidentemente no todos los policías americanos eran así. Con el tiempo, los agentes del Distrito 87, a fuerza de esclarecer misterios con ayuda de sus múltiples cualidades personales y profesionales, se han convertido también en verdaderos héroes, en héroes del tipo de los que se limitan a vivir normalmente la vida cotidiana y a desarrollar lo mejor que saben un trabajo con repercusiones sociales, removiendo los obstáculos que la propia organización del trabajo pueden presentarles, en definitiva, han devenido superhombres infalibles con un aspecto humano que elimina la rigidez y frialdad de los detectives policíacos anteriores y la incontrolada violencia de los posteriores.

De sobra conocida es la historia literaria de Ed McBain. En la solapa de cualquiera de sus libros puede leerse que se dio a conocer en el mundo literario americano con el nombre de Evan Hunter —que adoptó oficialmente en lugar del suyo originario de Salvatore Lombino— mediante novelas de éxito que rozaban el género criminal hasta que *La jungla de pizarra* y *Los jóvenes salvajes* le llevaron a la fama y a la popularidad en todo el mundo, quizás a consecuencia de las versiones cinematográficas de ambos relatos, enraizados en la corriente social y violenta de la novela americana. Durante un tiempo los seudónimos de Richard Marsten, Hunt Collins y Curt Cannon le sirvieron para firmar algunos de sus primeras narraciones policíacas en los años cincuenta, seudónimos a los que añadió por una sola vez el de Ezra Hannon en 1976. Paralelamente siguió utilizando su nombre adoptivo para suscribir una larga lista de novelas de variadas características y gran difusión que incidían generalmente en la problemática concreta de la sociedad nor-



teamericana con un tratamiento próximo al de la novela policíaca. Destacables son en este último aspecto Una cabeza de caballo y Every Little Crook and Nanny donde Hunter vertió su ácido humor en una hilarante parodia de las novelas de gánsters.

En 1955, previendo la sucesión de Erie Stanley Gardner, un editor encargó a Hunter una serie policíaca que pudiera continuar el éxito de Perry Mason. A Evan Hunter se le ocurrió acudir a la realidad para centrar el protagonismo precisamente en quienes tienen a su cargo la investigación de los delitos, un protagonismo colectivo que había de recaer en el equipo de agentes de una comisaría.

Nació así la comisaría del Distrito 87, donde dieciséis individuos con actitudes vitales diversas se unen diariamente para cumplir con su trabajo, porque para ellos la lucha contra el crimen no es un ideal ético sino un simple deber profesional. Y no puede ser de otro modo; los policías ordinarios, y entre ellos los del Distrito 87, se limitan a perseguir la pequeña criminalidad y triunfan sobre ella. Los magnates del delito, los crímenes sociales, las organizaciones criminales están fuera de su alcance y de su programa laboral. Ellos recorren las calles y vigilan a los maleantes de poca monta, a las prostitutas, a los rateros, a los timadores, a los drogadictos, hasta que, cada vez, tropiezan con el asesinato. Entonces se emplean a fondo, pero tampoco estos asesinatos estarán conectados con el crimen a gran escala ni con las intrigas del poder. La comisaría del Distrito 87 obtendrá muchos éxitos, descubrirá a los asesinos de turno, conseguirá incluso pacificar la vía pública, y sin embargo los gánsters, los traficantes de droga y los políticos corruptos podrán continuar tranquilamente sus ilegales actividades sin que nadie se lo impida, porque en definitiva el dinero lo puede todo en esferas más elevadas que la de la comisaría 87. Sus miembros, por eso, no están del todo satisfechos pero tienen que resignarse ante la impotencia.

Para firmar las novelas del Distrito 87 Hunter eligió al azar un nuevo nombre de pluma: el de Ed McBain. No quería que los lectores de sus melodramas anteriores se sintieran engañados si adquirirían una novela policíaca encabezada con su nombre. Hoy día en muchos países se conoce más a Ed McBain que a Evan Hunter. En Francia, por ejemplo, se ha publicado con el seudónimo novelas originariamente firmadas con el nombre adoptivo. Y es que la producción de McBain ha sido mucho más copiosa que la Hunter. Al principio el nuevo seudónimo se utilizó exclusivamente en las historias del Distrito 87, pero con el tiempo se aplicó también a otras novelas policíacas independientes hasta que en 1978 apareció con la misma firma la primera entrega de una nueva serie protagonizada por el abogado de Florida Matthew Hope. Fue sin embargo la comisaría del Distrito 87 la que elevó a la fama el nombre de Ed McBain.

En el prolongado número de novelas que integran la saga pone al descubierto la vida del imaginario barrio de Isola en una innominada megalopolis perfectamente identificable con la ciudad de Nueva York. Isola corresponde a Manhattan del mismo modo que Calm's Point, Majesta y Riverhead equivalen a Staten Island, Greenwich Village y el Bronx. McBain no quiso utilizar los nombres reales de cada lugar para evitar inexactitudes en cuanto a reglamentos y procedimientos y a la vez para concederse una cierta libertad literaria en el tratamiento de la problemática urbana. Porque la ciudad juega un papel destacadísimo en las historias del Distrito 87. Los ambientes, los paisajes y los problemas ciudadanos se colocan en primer plano alcanzando caracteres protagonísticos hasta llegar, en ocasiones, a eclipsar a las personas. Por eso, aun cuando los relatos de McBain son indudablemente novelas policíacas que siguen el clásico esquema del enigma, añaden siempre a éste la visión de una parcela de la realidad plasmada con frecuencia en los interrogantes sociales que derivan de los latidos de

la ciudad, con el indudable resultado de una mayor comprensión hacia los seres desgraciados que se ven impelidos al delito por los condicionamientos que la gran urbe les impone. Una vez más se revela así que entre el bien y el mal hay muchos puntos intermedios y que los policías de la comisaría 87 no son fríos e inflexibles justicieros dispuestos a imponer la ley a toda costa; al contrario, su conciencia se revela ante las diferencias raciales, ante la miseria, ante la soledad, ante la injusticia social que inevitablemente reina en Isola.

El realismo es, pues, sin duda, la más destacada particularidad de la serie, un realismo que afecta a los lugares y a las personas, a los hechos y a los sentimientos, un realismo lógico que no se detiene en el lado desagradable de la vida sino que procura captar la globalidad de las situaciones, un realismo, en fin, caracterizado por la exactitud de los detalles técnicos y procedimentales que permiten a McBain reproducir en sus novelas una serie de fotografías, dibujos, informes, recortes de periódicos, notas mecanografiadas y documentos elaborados, algunos de ellos, por expertos en la materia (los informes de autopsia, por ejemplo, los redacta el médico de cabecera del autor).

Aunque los dieciséis hombres de la comisaría 87 intervienen conjuntamente en las actuaciones policiales, sólo unos pocos aparecen perfectamente identificados. Meyer Meyer, judío y calvo, que creció en un barrio católico entre las burlas de la vecindad por su raza y por su nombre, Bert Kling, cuya novia resultó muerta el día antes de su boda, Peter Byrnes, que tuvo que investigar un asunto de droga en el que su hijo estaba implicado, Hal Willis, experto en judo, Cotton Hawes, el conquistador, Arthur Brown, el negro del grupo, Dave Murchison, y sobre todos ellos Steve Carella, protagonista indiscutible de la serie, que en su primera aparición contrajo matrimonio con una sordomuda y el editor le libró de la muerte en la tercera haciendo retocar a McBain el final de El traficante de drogas. Cada uno tiene

*sus propios problemas personales y familiares, que, quiérase o no, interfieren en su trabajo, pero todos forman un equipo de compañeros que se ayudan y colaboran en beneficio del trabajo común. McBain describe sus idas y venidas, sus inquietudes, sus sentimientos, incluso sus sensaciones en un variado cuadro que se agiganta en las últimas novelas, mucho más elaboradas que las anteriores.*

SALVADOR VÁZQUEZ DE PARGA

*Éste es para Elaine Perry*

## 1

Los farolillos venecianos adornaban las pérgolas del Ca D'Ped. Su resplandor no hacía más que sumarse al sofocante calor húmedo de aquella noche de agosto. El Ca D'Ped era el museo de arte de Calusa, una enorme hacienda de la época en que Florida era aun una posesión española, renovada y restaurada en 1927 y su nombre original —Casa Don Pedro— se abrevió a la forma actual. Los nativos de Calusa lo llamaban «el Pedro». Mi socio Frank lo llamaba «El Cobertizo».

La fiesta, esa octava noche de agosto, era una cuestión formal de homenaje a los artistas residentes en Calusa. En la ciudad se entendía por «formal», al menos durante los meses del verano, americana blanca y lazo negro para los hombres y traje largo para las mujeres. La esposa de Frank se había puesto un provocativo modelo negro, ceñido a la cintura, ideal para exponer lo que Frank orgullosamente llamaba «las joyas de la familia». Como una malabarista que mantiene en vilo a una multitud expectante, Leona seguía desafiando a sus dos precoces tesoros a rebasar el escote del vestido sin darse cuenta, al parecer, de lo peligrosamente cerca que estaba de la exposición indecente.

Frank disertaba sobre su tema favorito. Frank es abogado, como yo, pero también es un neoyorquino transplantado; no existe nada peor en el mundo entero. Cuando un neoyorquino se muda a California, primero dejará de leer el *New York Times* y, después de un breve período de duelo, comenzará a referirse a New York en términos de «allá en el Este», como si fuera una remota provincia en algún lugar de la China. La mayoría de los que emigran a Florida hablarán de New York (o Chicago, o Detroit, o Pittsburgh, o cual-

quier lugar del que hayan venido) como «el norte», pero no mi socio Frank. New York es New York, y no hay un lugar como ése en todo el mundo; cualquier otra ciudad, país, incluso continente, no es más que un pálido reflejo de esta brillante ciudad que Frank sigue considerando su hogar. La edición dominical del *New York Times* le cuesta aquí dos cincuenta. Él pagaría encantado el total de un mes entero por recibirlo. Frank es un chovinista insoportable, pero hace ya muchos años que es mi socio y es buen abogado; y también un hombre entrañable cuando no está comparando Calusa con la Gran Manzana, que era exactamente lo que hacía esta noche, al alcance del oído del conservador del museo a quien, estoy seguro, no le gustaría la comparación desfavorable del Ca D'Ped con el MOMA. Cuando llegué al tema de las pretensiones culturales de Calusa, yo traté de hacerle callar pero, una vez que Frank abordaba el Expreso de la Avenida Lexington, no había forma de frenarle.

—Si Calusa sería un gordo banquero...

—Si fuera —corrigió Leona.

—Si fuera un gordo banquero —y echó una mirada al escote de su esposa como si acabara de descubrir a una tentadora desconocida—, y si todos los escritores, escultores y pintores de la ciudad fueran las amantes del banquero, harían las maletas rápidamente con sus emperifollados calzones y se marcharían mañana mismo al amanecer. En ningún lugar de Estados Unidos, el talento local se da por sobreentendido de la forma en que sucede aquí, en este triste remedo de gran ciudad.

—Frank es de New York —le dijo Leona a Dale, como si lo obvio necesitara explicación y detalles.

Debería explicar que Dale O'Brien es una mujer. Todavía hay muchas personas que llaman por teléfono a su oficina y preguntan por el señor Dale O'Brien, dando por sentado que todo abogado llamado Dale O'Brien tendría por fuerza que ser varón. Es mujer. Y mucho. Una mujer de metro setenta y cinco, y cabellos rojos (ella prefiere decir «rojizos»),